

EL MARQUÉS DE LA VICTORIA Y LA INFANTERÍA DE MARINA

Hugo O'Donnell y Duque de Estrada
Investigador Naval

INTRODUCCIÓN

En contra de lo que algunos puedan pensar, la vinculación de don Juan José Navarro a la Infantería de Marina a la que perteneció, no se circunscribe a sus años mozos vividos en la intensidad de su formación profesional y a las vicisitudes de la Guerra de Sucesión en sus escenarios italianos y españoles, ni termina con su nombramiento como alférez de la Real Compañía.

Soldado de Marina por vocación y tradición familiar, su destino definitivo al cuerpo de mando de la Armada no supondría el olvido de su origen, ni, como veremos, el cese de su preocupación por una institución que siempre consideró imprescindible y a la que desde los altos empleos a los que sus merecimientos le elevaron, supo servir, asesorando al mando o impartiendo sus propias órdenes.

Debemos pues no sólo rememorar ahora su brillante historial militar, desvinculado si se quiere del mar por imperativos de necesidad nacional que cuando hubieron cesado permitieron manifestar del modo más pleno una vocación marinera decidida mucho antes, sino también dedicar algo del tiempo concedido a ese interés por el ya estructurado como cuerpo, presente en todo momento, y manifestado a través de los escritos y de la influencia del marqués de la Victoria.

Bien puede decirse que toda su vida se asocia voluntariamente al recuerdo de aquellas unidades a las que perteneció en su juventud.

AÑOS DE FORMACIÓN

En 1695, a los ocho años, obtiene plaza en una compañía del Tercio Fijo de Nápoles, unidad no únicamente de infantería, como su denominación común abreviada parece indicar, sino de auténtica tropa de infantería de Marina del rey de España cuyo nombre completo fue Tercio de Nápoles Fijo de su Real Armada, diferente de otro de infantería española de parecida denominación, el Tercio Nuevo de Nápoles, y su contemporáneo, con base en Milán, y donde había servido su padre como entretenido hasta el año anterior.

El Tercio Fijo era el heredero de cuatro compañías sueltas que ordenó embarcar don Juan de Austria en 1571 para la Jornada de Lepanto, y en 1572 quedar por permanentes en la Armada, haciendo de su cabo mayor maestro de campo y formando nuevo tercio. Esta unidad de infantería napolitana perdería su condición naval en 1703, siendo empleada desde entonces como regimiento del Ejército.

La información inicial aportada plantea ya unos interrogantes que conviene aclarar antes de pasar más adelante, como son la corta edad en que Navarro sentó plaza y el porqué de su elección de una unidad napolitana de italianos.

Se ha hablado tanto del reformismo borbónico que a veces se olvida que en el reinado de Carlos II se produjeron numerosas novedades en la táctica, en la orgánica, en la indumentaria, en la fortificación... y que la fuente de los mismos lo fue, como no podía ser de otra manera, la nación hegemónica, es decir Francia. La influencia francesa se respira en el ambiente castrense español desde tres o cuatro lustros antes del cambio de dinastía.

En el ejército español de la época dorada de los tercios la condición principal de recluta era la tener veinte años junto con la de no padecer el mal de San Antón (epilepsia) ni de San Lázaro (lepra), como se exige en las conductas impresas de los capitanes reclutadores; antes de esa edad se podía ser mochilero o paje, muchos célebres capitanes tuvieron ese origen, pero no sentar plaza de soldado.

Una situación similar se daba en Francia hasta que Luis XIV vino a permitir, como privilegio de nobleza y con miras a crear una oficialidad de élite, el ingreso de muy jóvenes "cadetes" es decir, secundones de familias nobles o simplemente hidalgas, desheredados por el mayorazgo ("branche cadette").

Trasladada esta costumbre al ejército español, los aspirantes se formaban en las compañías bajo la guía de un oficial tutor y concurrían con los veteranos en el momento de destacarse con vistas a un ascenso por méritos, apoyados en la ventaja de su ilusión, las exigencias de su cuna y su superior educación. La innovación de Patiño en 1717 con la creación de la Real Compañía, no consistiría sino en agruparlos para poderles dedicar una preparación más completa, individualizada y especializada, apartándolos de los vicios de la soldadesca.

La elección de la unidad se debió al hecho de que otra de las posibles, el Tercio del Mar, donde militaba desde el año anterior su padre, se encontraba en campaña con base provisional en el Milanesado. Más sorprende que no ingresase en el Tercio de Sicilia, reino del que como mesinés era natural y residente y en el que habían servido su padre y su abuelo, este último como sargento mayor. Como quiera que los biógrafos de Navarro no hablan de momento de ningún viaje a Nápoles, base del Tercio, cabe pensar que la unidad elegida se tratase de alguna compañía napolitana destacada en Sicilia. A esta conclusión llegamos al comprobar que cuando quiere trasladarse don Juan José al Milanesado, solicita y obtiene licencia del virrey de Sicilia y no del de Nápoles, que hubiese sido el competente de encontrarse en su territorio.

El entrar al sueldo del rey en la modalidad de cadete exigía requisitos de nobleza y prueba de servicios familiares prestados a la Corona de los que el aspirante sólo pudo presentar los referentes a su abuelo y a su padre, ya que los papeles familiares de los Navarro -originariamente Viana, parientes de los

condestables de Navarra- así conocidos en Játiva desde la conquista, se habían perdido en vida de su abuelo con motivo de la revuelta de Mesina de 1674.

Los cincuenta y un años de servicio de su abuelo, llamado como él Juan José, veterano de las campañas de Cataluña -donde había perdido un brazo- y de Sicilia, y los diecisiete cumplidos hasta entonces por su padre, don Ignacio Navarro, juntamente con su condición de hidalgo notorio y la nobleza siciliana de los Buffalo por su línea materna, le bastaron para cubrir el requisito de ingreso.

Aunque no tenemos amplias noticias de estos primeros años de aprendizaje, sabemos por el propio Navarro que completó la formación recibida en su unidad con la de los mejores maestros italianos disponibles, tanto en Humanidades, como en la ciencia puramente militar.

En su solicitud de ingreso para la Academia Española en 1739 (1), indica que buena parte de su formación teórica, que luego completaría con la práctica de la guerra en Italia y España, la adquirió durante aquellos años, en los que sin olvidar el estudio de la "latinidad, retórica y filosofía", profundizó en lo que él denomina "matemáticas", es decir, Geometría, Astronomía, Navegación y la matemática aplicada a la guerra: la Poliorcética y Topografía de plazas, juntamente con el arte de escuadrónar y la Física y Química precisas para el dominio de los explosivos de la época.

En su posterior destino en el Milanesado será considerado ya como "ingeniero", experto en lo que hoy llamaríamos "Fortificación y Demoliciones", según la doctrina en boga, la de Fernández de Medrano y su nueva escuela de fortificación abaluartada.

Los maestros de Matemáticas del momento impartían una formación enciclopedista que incluía la capacidad de dibujar mapas y planos en lo que, junto con el dibujo artístico destacó Navarro desde los primeros años.

Por un informe que había remitido a Carlos II el gobernador general de la Armada de Nápoles, don Pedro Corbeta, tres años antes del ingreso de Navarro (2), sabemos que su tercio estaba dedicado a misiones marítimas y de protección de costas, embarcando por turno de las compañías en las galeas del Reino, primer contacto de Navarro con la Armada y con el mar a través de una unidad de infantería de Marina de cuya especialidad su genio despierto sacaría cuantioso fruto.

(1) "Solicitud del marqués de la Victoria para entrar en la Academia española é idea de sus trabajos científicos". Recogida como Apéndice 8 por J. de Vargas Ponce. *Vida de D. Juan Josef Navarro. Primer Marqués de la Victoria*. Madrid, Imprenta Real, 1808.

(2) Memoria de don Pedro Corbeta al rey Carlos II, 18 de Abril 1692. Recogida por J. A. Samaniego. "Disertación sobre la antigüedad de los Regimientos". Madrid, Ministerio de Defensa, 1992. Pág. 111.

NAVARRO EN LA PRIMERA ETAPA DE LA GUERRA DE SUCESIÓN

En 1698, con once años, cesa en la compañía del capitán don Juan Bautista Esbrich y pasa con licencia del duque de Veragua, a continuar sus servicios como soldado aventajado en el ejército de Lombardía, sentando plaza el 9 de septiembre en la compañía de don Alonso de Vivar del Tercio Viejo del mar de Nápoles, donde también sirve su padre, don Ignacio, quien probablemente le reclamó, tercio que por no tener la condición de "fijo" y constituir lo que en términos actuales se conoce como una "unidad de intervención rápida", había sido enviado a reforzar el norte de Italia ante los acontecimientos que se preveían, constando las fuerzas de ese posible teatro de operaciones de diez tercios de los que cuatro eran españoles, tres italianos, dos alemanes y un suizo (grisón) (3).

Este tercio era mandado a la sazón por don Luis de Spínola, marqués de Spínola (4) como aquel célebre expugnador de Breda, su antecesor.

Aunque reservado sólo a españoles, el hecho del nacimiento en Mesina de don Juan José, como el de su padre en Augusta, no había sido obstáculo para su ingreso, ya nunca habían perdido esa naturaleza de "españoles en el reino de Sicilia".

Más antiguo que el Tercio Fijo, y de Infantería de Marina como aquél, era empleado en razón a la necesidad como una unidad más, como sucedería con los batallones de ese mismo Cuerpo durante la Guerra de Sucesión, la de la Independencia, e incluso las carlistas y de Cuba, en que a falta de barcos y de operaciones anfibias hubieron de combatir continuamente en tierra.

El Tercio remontaba su antigüedad a 1530 (aunque a sus sucesores los batallones de Marina y de rechazo a todo el Cuerpo de Infantería de Marina no le sería reconocida y con alternancias antigüedad mayor que la de 1537) en que Carlos V asigna de forma permanente para la defensa de las costas y guarnición de las escuadras de galeras mediterráneas a las Compañías Viejas del Mar de Nápoles que desde entonces forman tercio español.

Curiosamente, la compañía en la que ingresa don Juan José es casi una unidad en experimentación, se trata de una compañía de granaderos de las cuatro que en cada uno de los ejércitos de Flandes, Cataluña y Milán había instituido Carlos II, en virtud de Real Orden de 26 de abril de 1685 "como se estilan en los ejércitos de otros príncipes" (5).

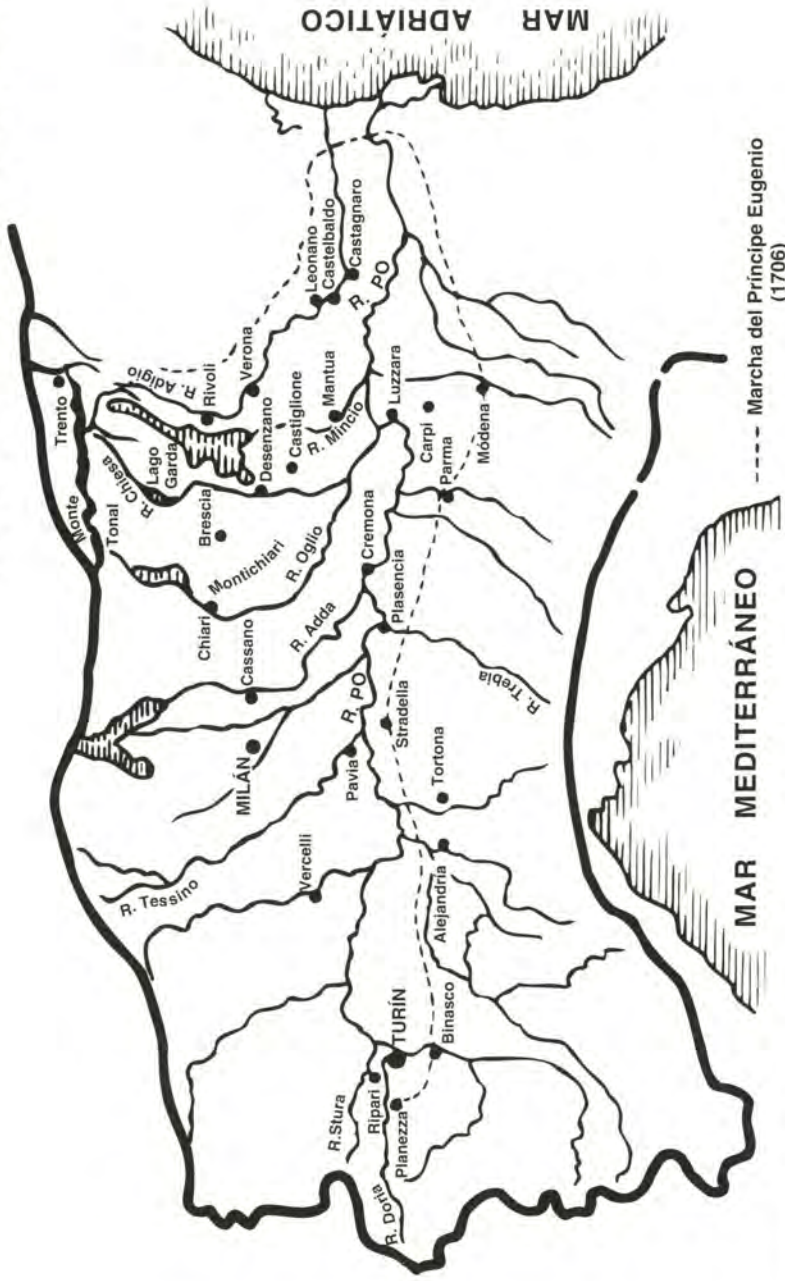
Siguiendo una vez más el modelo y pie francés, eran unidades especiales de cortos efectivos, de unos 50 hombres escogidos como los más hábiles para este cometido, por lo que se hubo de reformar el Tercio.

(3) Gómez Ruiz M. y Alonso Juanola V. *El Ejército de los Borbones*, Madrid, Servicio Histórico Militar, 1989. Pág. 22.

(4) Idem.

(5) Almirante J. *Diccionario Militar*. Madrid, Ministerio de Defensa, 1989. Pág. 532.

**GUERRA DE SUCESIÓN
TEATRO DE OPERACIONES DE ITALIA**



----- Marcha del Príncipe Eugenio (1706)

Insustituibles en los sitios de plazas, para desalojar caminos cubiertos y trincheras, con su saco para doce granadas, que se denominó "granadera", su función principal era el lanzamiento de esferas de vidrio grueso llenas de pólvora, con una mecha que se prendía con otra sostenida con la mano izquierda segundos antes de tirarla, como una bomba de mano.

Como la granada se tenía que utilizar en contacto inmediato o muy próximo con el enemigo y una vez lanzada quedaba el granadero inerme, se precisaba de un nuevo invento que reuniera las cualidades del arcabuz y de la pica sin ser tan inútil una vez disparado como el primero, ni tan engorroso en espacios estrechos como la pica; ni por supuesto tan pesado y premioso como el mosquete. Por ello aparece y es rápidamente adoptado por los ejércitos españoles el fusil de chispa (escopeta larga) dotado de bayoneta que se puede fijar en ellos, de forma que, una vez disparados, sirvan al soldado de chuzos o medias picas. Muchos años después, recomendará Navarro con toda efusión al rey la creación de nuevas compañías de granaderos que según su expresión son "las manos de los generales", proponiendo asimismo la formación de una columna de estas unidades, formada por la mitad de las existentes, que actuase con independencia en campaña, quedando la otra mitad con sus batallones respectivos.

A los dos años de su nuevo destino, estalla precisamente en el Milanesado la primera fase de la Guerra de Sucesión, al no aceptar Austria las cláusulas del testamento de Carlos II.

El francés Catinat, con instrucciones de no ser él quien rompiera las hostilidades, se establece en la línea del Adigio para cerrar los pasos con el ejército franco-sardo-español de 25.000 hombres, al que había contribuido como aliado de su yerno, Felipe V, el duque Víctor Amadeo II de Saboya.

Los austríacos cruzan sin embargo los Alpes Nóricos por sendas desconocidas y pasan el Adigio por Castelbaldo, reapareciendo con gran presteza entre Vicenza y Verona, sorprendiendo y derrotando en Carpi a un destacamento enemigo (9 julio 1701) y apoderándose de Brescia y de buena parte del Milanesado, teniendo que retirarse los aliados a la línea del Mincio y del Oglio.

Sustituido Catinat por Villeroi, éste es también derrotado en Chiari (1 de septiembre 1701), quedando ambos ejércitos acantonados y en observación.

Al ascender a sargento mayor el capitán don Alonso de Vivar, queda vacante la compañía en que sirve Navarro, al no seguirse ya la costumbre de conservarse la propiedad en este caso, de la misma forma que el maestro de campo conservaba la de la coronela, siendo nombrado en su lugar don Ignacio Navarro, padre de don Juan José, el 17 de enero de 1702, aunque por muy breve tiempo, ya que, reformada la compañía, su capitán es enviado a España a reclutar gente para el Tercio de Lombardía, otro de los componentes españoles del ejército del Milanesado.

La adversidad sufrida por sus intereses en este teatro y los conatos revolucionarios del virreinato de Nápoles alentados por espías pro imperiales, deciden a Felipe V a embarcarse para Italia en Abril de 1702, visitando Nápoles -donde

afirman las crónicas que no se licuó la sangre de San Genaro-, y desembarcando en Finale.

En Alejandría se entrevista con su suegro el duque de Saboya, quedando enemistados entre sí ambos parientes, y el uno de junio sale a campaña.

Los triunfos iniciales de los imperiales habían enardecido a Europa contra la hegemonía francesa, por lo que en agosto de 1701 se había firmado la Gran Alianza entre Inglaterra, Holanda y Austria.

Todo el invierno se habían disputado los beligerantes la ciudad de Mantua y el 1 de febrero de 1702 el príncipe Eugenio intenta la toma de Cremona, logrando entrar y sorprender al mariscal Villeroy, cogiéndole prisionero en su propia cama, aunque la ciudad se salva gracias al gobernador español, don Diego de la Concha.

La llegada del rey de España coincide más o menos con la de refuerzos franceses y del nuevo general, duque de Vendôme, alcanzando el ejército los 50.000 hombres (30.000 franceses y 20.000 españoles), con los que empujan a un enemigo inferior en la mitad efectivos de nuevo hasta el Mincio, teniendo lugar el choque de Santa Victoria entre ambas caballerías del que salió vencedor el general español príncipe de Vaudemont y teniendo lugar el 15 de agosto de 1702 la indecisa batalla de Luzzara en la que hizo alardes de valor el propio Felipe V quien pronto regresaría a España a requerimiento de sus ministros, tras haber frenado al parecer la ofensiva austriaca.

Durante su corta campaña de Lombardía, como relata Vargas Ponce, tuvo el rey ocasión de conocer a don José Navarro, sólo cuatro años más joven que él, alférez a la sazón de la Compañía de Granaderos del Tercio de la Mar de Nápoles.

Se hace necesario llamar la atención sobre el hecho de que no figuran para nada entre los papeles consultados por el biógrafo, nipatentes, ni siquiera referencia alguna a que Navarro antes de ser promovido a alférez hubiese sido cabo de escuadra y sargento, de acuerdo con la costumbre y tradición inmemorial de los tercios, sólo en contadas ocasiones vulnerada, y refrendada por los tratadistas del siglo XVII.

Se ve pues claramente que el sistema ha cambiado y que para ocupar la plaza de alférez se fijan ya más en los aprendices de oficial más meritorios y preparados que en los mandos subalternos veteranos, sin embargo no deja de sorprendernos el que Navarro no tiene más que 15 años cuando obtiene la bandera. Tras la batalla de Luzzara el frente se estabiliza y durante un largo período no hay oportunidad de grandes batallas, dando, eso sí, lugar a sitios y defensas en los que la guerra de minas se desarrolla y generaliza.

En 1703 el duque de Saboya no sólo abandona la alianza franco-española, sino que se pasa al bando del Archiduque, con lo que se crea un nuevo frente, invadiendo los borbónicos sus estados.

Sabemos de la brillante actuación de Navarro en esta época con ocasión del sitio de Berrúa, ciudad a la que intentó socorrer la caballería austracista -caballos corazados dotados de doble pistola de rueda- a la que obligaron a volver

grupos los granaderos quienes consiguieron que no pudiese vadear el río Oglio.

En 1705 las operaciones generales entran en una nueva fase de gran actividad con la conquista borbónica de Vercelli y el sitio de Turín, base principal del ejército saboyano.

Para impedir la toma de la capital, el príncipe Eugenio con nuevos refuerzos franqueó los Alpes por el Brennero y envolvió las líneas defensivas del Adigio y del Mincio, y llegó hasta el Adda donde estaban desplegados los franco-españoles, logrando tender un puente por Cassano y sorprender el centro, aunque el sector defendido por el ya Regimiento de la Mar de Nápoles se mantuvo firme y rechazó el ataque; las alas del ejército, acudiendo a tiempo, obligaron a los austriacos a repasar el Adda con pérdidas, aunque con el importante logro táctico de aliviar el cerco de Turín que tuvo tiempo de fortificarse de firme.

A partir de este momento se vuelven a crear dos frentes distintos: el del Piamonte, cuyo ejército sitiador de Turín es encomendado al duque de la Feuillade, y el de Lombardía, a cuyo mando continúa Vendôme con la misión de evitar nuevos ataques trasalpinos, constituyendo la línea del Chiesa.

Reforzado una vez más Eugenio de Saboya, avanza con el grueso de nuevo en socorro de Turín, dejando parte de las tropas con el príncipe de Hesse en el Mincio y cruzando rápidamente el Po, atraviesa por Módena y Parma conquistando varias plazas.

La unidad de Navarro, integrada en el ejército de Lombardía y de guarnición en el ducado de Módena, participa en el venturoso hecho de armas de la defensa del destacamento de la Mirándola, cuyo viejo castillo había sido a ellos encomendado.

En la defensa del pasaje de San Oseto, sin embargo, Navarro es cogido prisionero junto con otros de sus compañeros en un ataque dirigido por el propio príncipe Eugenio de Saboya.

Una vez canjeado y de regreso en su bandera, pasó de guarnición al castillo de Portolio que hubo de entregarse tras honroso sitio, quedando de nuevo Navarro prisionero, y siendo de nuevo rescatado, lo que nos habla de una guerra caballeresca de condiciones honorables de rendición y rescate, con frecuentes treguas para el intercambio de prisioneros.

Mientras tanto, la estrategia decidida por el mando francés es la de coger en tenaza entre los ejércitos de Lombardía y del Piamonte al audaz saboyano en el desfiladero de la Stradella, pero éste consigue escapar a la encerrona imprimiendo una impensada velocidad a su marcha. Como consecuencia, tanto los ejércitos de los dos saboyas, como los dos hispanofranceses confluyen en el Piamonte jugándose todo a una baza frente a Turín.

En este momento y teatro de operaciones, encontrándose su unidad sitiando el castillo piamontés de Ceba, consigue Navarro tomar de noche un puesto avanzado enemigo con gran riesgo de su persona.

En el verano de 1706 las tropas españolas y con ellas el Tercio de la Mar de Nápoles obtienen una local pero importante victoria frente al general pia-

montés conde de Parela que había acudido a liberar aquel sitio en el que Navarro tan bizarramente se había comportado, cayendo prisionero el propio conde.

Con la batalla de Turín se puede decir que se decide todo el entramado de marchas, contramarchas, sitios, vadeos y batallas que ha tenido entretenidos a ambos ejércitos rivales desde 1702.

La conjunción entre sitiados y liberadores derrota al ejército borbónico que manda ahora el duque de Orleans y que en vez de rehacerse en Milán se retira hacia Pignerol, adentrándose en Francia, anulando los efectos de la victoria que acaba de obtener el cuerpo dejado en el Mincio frente al príncipe de Hesse.

La retirada francesa deja absolutamente solos a los españoles en el Milanésado, por lo que éstos adoptan una actitud defensiva a ultranza haciéndose fuertes en Cremona, Valenza, Finale, Nizza, Suza, Mantua, y sobre todo en Milán, donde es destinada la unidad de Navarro que ya es teniente y ha debido de demostrar sus profundos conocimientos de fortificación, pues es encargado de reparar parte de los lienzos del castillo que se apresta a un prolongado sitio, arriesgándose en una ocasión a salir solo y reconocer las líneas de trincheras enemigas, amparándose en una espesa niebla.

Milán permaneció inconquistada hasta que el 13 de marzo de 1707 se recibía la inesperada orden de evacuar el Milanésado que se perdía definitivamente para España y que pasaría, tras la paz de Utrecht de 1714, junto con Mantua, a formar parte de la Lombardía austriaca.

NUEVOS TEATROS DE OPERACIONES

Navarro vuelve a España con su unidad donde encuentra a su padre que no había podido regresar a Milán con las tropas por él reclutadas debido al bloqueo de la flota inglesa y que vuelve a mandar su antigua compañía del regimiento Mar de Nápoles donde no sólo milita don Juan José como teniente, sino también otro hijo suyo, Ramón.

En España la situación es notablemente mejor para las armas de Felipe V que en Italia; ya ha tenido lugar la batalla de Almansa (25 de abril 1707) que ha traído como consecuencia la sumisión inmediata de Valencia y Aragón y que ha convertido al duque de Berwick en duque español de Liria y Jérica.

En la recientemente recuperada base de Cartagena está preparando en este momento el marqués de Valdecañas un socorro de víveres, municiones y gente de refresco para la plaza fuerte de primer orden de Orán ante los preparativos para expugnarla del bey de Argel aprovechando la Guerra de Sucesión.

Los tres Navarro, padre e hijos, se incorporan a esta expedición. Don Juan José tiene un cometido concreto, el de comprobar el estado defensivo de la plaza para asesorar a la Corte.

En una carta del marqués de Valdecañas al gobernador Villalba de fecha 23 de marzo de 1708, se define al teniente don Juan Navarro como "persona práctica en la fortificación", con la orden de que le permita un reconocimiento completo.

La corta estancia de Navarro en Orán le evitará seguir la suerte de su hermano Ramón, muerto en el asalto al castillo de San Andrés o la de su padre, llevado preso a Argel tras la capitulación de la plaza.

De regreso a España, Navarro obtiene la patente de capitán gobernador de la compañía de su padre que continúa siendo, pese a su obligada ausencia, el capitán propietario, despachada en el Buen Retiro el 26 de mayo de 1708.

Se reincorpora coincidiendo con la ofensiva del felipista Asfeld que había conquistado Denia el 17 de noviembre de 1708 y tras tomar la ciudad de Alicante se aprestaba a sitiar el castillo dotado de fuerte guarnición inglesa. Los conocimientos de ingeniería del capitán Navarro son requeridos en este momento para llevar a cabo la mayor obra de demolición de toda la guerra con la apertura de una mina junto al muro en cuyos tres diferentes hornillos o cámaras se colocaron 1.500 quintales de pólvora. Invitado a rendirse el defensor, cuenta Almirante (6) que quiso demostrar su valor y desprecio ante el ingenio, dando un banquete con sus oficiales sobre la propia mina que estalló causando la muerte del gobernador inglés y de muchos de sus oficiales. Navarro, testigo y autor, afirma sin embargo, que lo que hizo la oficialidad enemiga fue pernoctar sobre el baluarte amenazado, con las mismas consecuencias. Vargas Ponce relata cómo en 1784, 76 años después, cuando se encontraba trazando la carta marítima del Mediterráneo, tomando la situación del castillo, vio sacar de entre los escombros un brazo que todavía conservaba vestido e ileso el uniforme de oficial inglés (7).

Entregado el castillo a don Pedro Ronquillo el 11 de abril de 1709, continuó la campaña en las inmediaciones de Tortosa que Starhemberg y Stanhope intentaron sorprender sin éxito, distinguiéndose Navarro junto con otros capitanes en la toma del castillo de Miravete.

Decidido el mando felipista a penetrar en Cataluña por Balaguer, pasó el Segre el 5 de mayo de 1710, teniendo que rebasarlo de nuevo al encontrarse en gran inferioridad, y el 27 de julio se daba la batallade Almenara en la que Felipe V estuvo a punto de perder la vida, siendo perseguido desde el Segre hasta el Ebro, pudiendo sin embargo destacarse el valor de Navarro en la acción de Peñalva del 15 de agosto.

Cinco días después se volvían a enfrentar los contendientes en la batalla de Zaragoza en la que quedó destrozado el ejército, huyendo primero Felipe V y luego a Valladolid, el propio Navarro reconocería que si los generales del Pretendiente hubieran sabido aprovechar esta oportunidad, hubieran ganado definitivamente la guerra y lamentaría la baja calidad de las tropas de leva forzosa, ocasionantes de la tragedia.

(6) Almirante J. *Bosquejo de la Historia Militar de España*. Madrid, S. Rivadeneyra, 1923. Tomo IV. Pág. 67.

(7) Vargas Ponce J. *Vida de D. Juan Josef Navarro. Primer Marqués de la Victoria*. Madrid, Imprenta Real, 1808. Pág. 16.

Cinco mil prisioneros hicieron los austracistas, de ellos, 600 oficiales entre los que se encontraba Juan José Navarro.

Durante su cautiverio dibujaría con su reconocida maestría la terrible escena del barranco de la Muerte, junto al monte Torrero, donde habían perecido más de 500 soldados y entre ellos el coronel de su regimiento, don Antonio de Castro.

No habría de perderse Navarro sin embargo ninguna de las grandes ocasiones de esta guerra, ya que el 21 de octubre de 1710 el coronel austracista barón de Wetzel le concede a él y a su alférez don Agustín de Arredondo, "entrambos del regimiento enemigo del mar de Nápoles", un pasaporte para dirigirse a Pamplona, con la obligación de restituirse a su prisión en el término de 4 meses.

Aunque ignoramos el motivo de esta concesión, lo cierto es que una vez libre y tras salir de territorio ocupado por el enemigo, Navarro se presentaría ante sus jefes naturales y tomaría parte, probablemente como capitán "reformado", en las acciones que inmediatamente tendrían lugar.

Mientras tanto, organizado en menos de un mes el nuevo ejército borbónico del duque de Vendôme, el Archiduque que había entrado en Madrid optó por abandonarlo y refugiarse en Aragón, ya que las comunicaciones con Portugal se habían visto cortadas y Cataluña estaba amenazada por parte del Rosellón, alcanzando el marqués de Valdecañas en Brihuega al cuerpo inglés de Stanhope que se rendía el 9 de diciembre tras el asalto en que Navarro tomó ya parte.

Cuando acudió Starhemberg con el resto del ejército imperial era ya tarde y al día siguiente resultaba a su vez derrotado en Villaviciosa.

Con la campaña de Cataluña se daría fin a la Guerra de Sucesión; en ella no se lucharía más contra extranjeros que habían abandonado el país, sino desgraciadamente contra compatriotas.

A principios de 1712 muere en Argel tras cuatro años de cautiverio, el padre de Navarro sin que los intentos de rescatarle por parte de éste fructifiquen; por ello, vacante la compañía que tras las reformas era de fusileros, se le firma a Juan José el despacho de capitán propietario de la misma el 30 de julio de ese mismo año.

A partir de ahora destacará en doce acciones de guerra siendo felicitado especialmente por la toma del Coll de Argentera y del Coll de Porreras por don Juan de Carvajal y Lancaster duque de Abrantes y de Linares, coronel del Regimiento del Mar de Nápoles; y por el capitán de granaderos de las Reales Guardias don Francisco Galindo, jefe del destacamento que sitió el castillo de Arbiol al que Navarro desocupó de enemigos.

Los últimos encargos que recibe, por orden de don José Armendáriz, corresponden a su consideración como ingeniero: la destrucción y demolición de Monblanc, Mouroig y Selva.

Como premio a sus servicios le es entregado a don Juan José Navarro el codiciado mando de la compañía de granaderos.

El 11 de septiembre de 1714 caía Barcelona y poco después finalizaba la campaña, pasando Navarro con su compañía a guarnecer Tarifa.

LA INFANTERIA DE MARINA EN LA SEGUNDA ETAPA VITAL DE NAVARRO

El año de 1717 sería de gran importancia, tanto para la carrera de Navarro, como para el devenir de su regimiento.

Don Juan José Navarro es a sus treinta años un oficial de probada valía militar y reconocida formación general; en su palmarés el haber combatido en cuatro batallas, dos en Italia y dos en España, en siete sitios y cuarenta acciones, habiendo caído tres veces prisionero, aunque sin herida grave. Hablaba francés, italiano, holandés y latín, tenía fama de eminente matemático y era un gran dibujante. Resultaba pues idóneo para los planes de formación de la nueva oficialidad de la Armada.

Por patente de 1 de mayo de 1717 le recomienda el rey el régimen, educación y disciplina de los nuevos cadetes como alférez de la Real Compañía, pasando al cuerpo de oficiales de Guerra de la Armada y cerrándose de esta manera su militancia como infante de Marina.

El interés por su antiguo Cuerpo no se perderá en su nueva etapa, sino que permanecerá vivo como se demuestra en sus actuaciones, afirmando: "Ninguna cosa es más importante, más útil y más necesaria que la infantería en los navíos armados en guerra: pues es ella que contiene en disciplina y obediencia à todo un equipage" (8).

Su concepto del Cuerpo es tan alto que procurará reducir las competencias y la marinería a bordo, restringiéndola a las maniobras de cubierta arriba en razón no sólo a su escasez, y al perjuicio que causan sus levas a la pesca y comercio, sino también a su escasa disciplina. La tropa reglada, tanto de batallones como de brigadas de Artillería, debidamente adiestrada compartía las faenas generales y atender con exclusividad del fuego al cañón.

Su atención a asuntos relativos a la tropa de Marina se hace especialmente patente a partir de 1750 en que es nombrado comandante general del departamento de Cádiz, cargo que lleva anejo el de Director General de la Armada a quien en virtud de las Ordenanzas de 1748 están subordinados los Batallones con su comandante general (un capitán de navío), su comandante particular (un capitán de fragata) y el inspector general de Batallones (inspector de caudales, servicio y disciplina y "defensor del soldado").

En 1753 el Cuerpo tenía ocho batallones, insuficientes en opinión muchas veces repetida del ya marqués de la Victoria, lo que obligaba en numerosas ocasiones a embarcar tropas de tierra con los inconvenientes que ello suponía y que señala don Juan José Navarro en un escrito que dirigió al rey:

"V.M. solo es el dueño absoluto de combinar quando le convenga la tropa de marina a la del ejército: porque sus batallones estan instruidos

(8) Vargas Ponce J. *Vida de D. Juan Josef Navarro. Primer marqués de la Victoria*. Madrid, Imprenta Real, 1808. Pág. 294.

para el servicio de mar y de tierra. En lo demas, señor, el pretender mezclar dos diferentes oficios con diferentes institutos y reglas, es querer que quien maneja bien la espada en la guerra de tierra, igualmente sepa manejar un timón donde ignora totalmente sumovimiento" (9).

Con los números en la mano consiguió demostrar que 18 batallones de Marina costaban al año siete millones seiscientos mil reales menos que otros tantos de tierra, señalando una vez más las razones y ventajas del aumento en diez batallones más a los existentes.

En 1767 consigue que se aumenten, si no en diez, al menos en cuatro los ocho anteriores.

En otro memorial al rey de fecha 19 de septiembre de 1761 muestra su conocimiento del entrenamiento de la tropa de Marina y señala sus deficiencias en armamento, prefiriendo la espada de doble corte al sable y condenando lo corto de las bayonetas al uso, y en la instrucción, tanto en el modo de marchar, haciendo sonsonete con los tacones, practicando el paso oblicuo, y perdiendo terreno de cinco en cinco pasos sin volver las caras, formaciones poco prácticas, como en la multitud de tiempos de que se componía el manejo del arma y en los entrenamientos de tiro, cuya escasez por motivos de ahorro hacía a los soldados poco prácticos (10).

En tierra, y para desterrar el ocio, ordena que el soldado ejercite en los campamentos todas las faenas militares y que se le emplee en obras de fortificación y otras incluso públicas. Contrario al sistema habitual de leva por quintas "que solo proveen canalla que vicia la milicia" y que enriquecen a corregidores y escribanos corruptos, propone un curioso método de capitación por pilas (parroquias o feligresías) que permita la selección del personal voluntario mediante una oferta digna, indicando que, tanto para la casa real -por razones de prestigio- como para soldados de Marina -en razón a su doble cometido-, se debían escoger los más gallardos y robustos, no importando en su opinión que los destinados al Ejército fueran de menor talla, ya que había regimientos en Francia muy distinguidos a pesar de la pequeña estatura de su tropa. En 1769 conseguirá que los intendentes, corregidores y justicias destinen a batallones a reclutas que no pasen de los 35 años, que sean ágiles y robustos, carentes de delitos y conductas deshonestas, y de al menos 5 pies de altura (algo menos de 1,40 m habida cuenta que el pie de Castilla, un tercio de vara, equivale a 278,5 mm).

Preocupado por el bienestar de la tropa pide que se vuelva a imponer el antiguo sistema de las ventajas económicas a los soldados meritorios o bien por sus actos y antigüedad o bien por su especialización (granaderos), condiriéndose de la mezquindad del prest o paga que se dividía entre el socorro

(9) Vargas Ponce J. *Vida de D. Juan Josef Navarro. Primer marqués de la Victoria*. Madrid, Imprenta Real, 1808. Pág. 314.

(10) Vargas Ponce J. *Vida de D. Juan Josef Navarro. Primer marqués de la Victoria*. Madrid, Imprenta Real, 1808. Pág. 286.

diario y la masita para renovación de prendas. A propuesta suya se concede en 1769 a los sargentos primeros, cabos, tambores y soldados un sustancial aumento de 8 reales y 8 maravedíes por mes.

Clama para que se creen casas de inválidos aprovechando edificios oficiales en desuso; lo que se conseguirá por el decreto de 30 de abril de 1767.

El marqués de la Victoria fue en fin uno de los mayores defensores de la antigüedad del Cuerpo, ya que elevó al rey en nombre de "todo el Cuerpo de la armada" una fundamentada queja reclamando la antigüedad de 1537. Resultaba muy razonable que fuera él quien se erigiese en su defensor ya que se trataba de un eruditísimo y antiguo oficial del Tercio y luego del Regimiento Mar de Nápoles que no podría desconocer su historia. Su solicitud fue tenida en cuenta en la redacción de las Ordenanzas de 1748.

La polémica surgió cuando del segundo batallón del antiguo Regimiento del Mar de Nápoles, denominado una vez perdido ese reino Regimiento de la Corona, y de otras compañías se formaron por Real Orden de 1717 cuatro batallones de Marina que recibieron los nombres de Armada, Bajajes, Marina y Océano y a los que se les otorgó la del Regimiento del que se habían desgajado (1530).

Protestaron en su día los coroneles de los regimientos de Galicia y Toledo que se sentían postergados, alegando que los batallones de Marina se habían formado con el pie de tropa únicamente, sin los oficiales, ya que se les dotó de nueva oficialidad de Marina, y que por lo tanto debían considerarse de nueva creación ya que en su opinión eran la plana mayor y la oficialidad la que constituía cuerpo.

En su contra se alegó que el espíritu del legislador a la hora de hacer los batallones fue el de apoyarse en la tradición y por lo tanto en la antigüedad de tropas veteranas de Marina, para lo que se escogió fundamentalmente el 2º Batallón del Regimiento de la Corona. En todo caso, si el criterio de la antigüedad de la oficialidad era el que debería prevalecer, en ese caso la que le correspondería sería inmemorial, como la de sus oficiales del Cuerpo General de la Armada.

Tanto la controversia como la legislación sobre la materia sufrieron muchas vicisitudes a lo largo del tiempo hasta que el Real Decreto 1.888/1978 de 10 de julio fija el año de 1537 como antigüedad del Cuerpo de Infantería de Marina, ratificando la obtenida con la oportunísima intervención de don Juan José Navarro quien probado queda, supo defender durante toda su vida la bandera carmesí con dos anclas cruzadas por emblema y un ancla en el fondo que lo fue del Tercio de la Mar de Nápoles y con ligera modificación del color (a morado) hasta 1936.

Por todo ello el marqués de la Victoria constituye hoy en día una de las glorias de la Infantería de Marina aunque sólo hubiese realizado lo poco que ha dado tiempo a relatar.